Año VI — La Plata, 1ª quincena de Agosto de 1924 — Núm. 124

IDEAS

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

Suscripción mensual 0.20
Número suelto. . . 0.10

Publicación Quincenal — Editada por la Agrupación del mismo nombre — Administrador: Risto Stoianovich

Por Simón Radowitzky

Vuelto Gregorio Palacios a su puesto de verdugo en el presidio de Ushuaia, han tornado los penados a padecer el martirio o a sentir sobre sus vidas pender, como la clásica espada, de un cabello la amenaza.

Entre los primeros se halla aquél que reivindicó la dignidad pisoteada del pueblo trabajador. Nos referimos al compañero Simón Radowitzky.

Ese Gregorio Palacios, esa hiena imbécil, fría, cargada de todos los más salvajes ancestralismos, que hoy gobierna nuevamente en el presidio de Ushuaia, tiene contra Radowitzky un profundo odio mortal. Este solo hecho, ya probado en ocasiones diversas, que debería inhibirlo para desempeñar cualquier clase de función en aquel presidio, como inhiben a los jueces, para juzgar, su parentesco con cualquier preso o su antipatía hacia cualquier encausado, no ha impedido al gobierno nacional nombrar alcaide a semejante insecto. Y allá está el tipo ese, tranquilo, alegre y ufano, haciendo pesar sobre Radowitzky toda su torpe crueldad de inquisidor medioeval.

¿Que hace en tanto el pueblo? Nada. El pueblo no sabe nunca una sola palabra de los salvadores de su dignidad. Lo que debería respingarlo, hacerlo saltar de inmediato en acciones o en protestas, cuando no lo ignora le es indiferente. ¡Cuán distinto es, sin embargo, el día en que en un hipódromo le trampean una carrera! Entonces se vuelve atropellador, valiente, y en diez minutos destruye tribunas y empalizadas o incendia un teatro, si la cinta sicalíptica que le anunciaron no es tan puerca como lo deseaba.

Forma parte del pueblo una colectividad obrera y anarquista, en la que que repercuten más rápidamente todos los dolores porque los comprende, porque los conoce, porque los sufre o porque está constantemente más cerca de ellos. Es a esta colectividad a la que un diario grandote que aparece en Buenos Aires, se viene dirigiendo hace algún tiempo, según nos dicen, con el noble propósito de salvar a Radowitzky de las garras inmundas de su inmundo verdugo.

Pero esa colectividad, envenenada por ese mismo diario, no tiene fuerzas sino para llevar y traer chismes, calumnias e injurias. Y de ahí es que todas las exhortaciones del diario ese, hayan caído en el vacío, en vez de respingar a la tal colectividad, haciéndola saltar de inmediato en acciones o en protestas.

Radowitzky puede seguir sufriendo, para desdicha de él y vergüenza de los que lo amamos y admiramos, que la colectividad, a la cual él rindiera su vida joven en el bello gesto conque nos honrara a todos, no está capacitada para hacer nada útil en su favor, pues envenenada como se encuentra, sólo es buena hoy por hoy, para descalificar periódicos anarquistas y difamar honestos compañeros.

Confesémoslo y avergoncémosnos de que tal cosa suceda.

NOCION DE LA IGUALDAD

Está fuera de toda discusión que en aptitudes, disposiciones y fuerzas, todos los hombres somos diferentes. Una igualdad física no existe, una de capacidad manual e intelectual tampoco; cada individuo obedece a condiciones especiales de su propia naturaleza, que lo hacen ser lo que realmente es y no otra cosa. Concebir a la humanidad cortada por un mismo patrón, es un absurdo; sería creer que los hombres son simples piezas de fundición.

Hay hombres fuertes y débiles; naturalmente que el que es fuerte tiene sus debilidades como el que es débil posee también su fortaleza. Hay además hombres que llamamos cortos de alcances y otros que decimos de más luces, de mayor vigor intelectual, de más claridad en las ideas y más grande visión de las cosas. Una misma cosa los hombres la sienten distintamente, unos más y otros menos. Mucho o poco que se profundice la cuestión, el hecho de las desigualdades es una realidad.

Ahora bien: esta desigualdad no lesiona absolutamente en nada la igualdad que es principio y base de la idea anarquista. Nosotros reconocemos, por encima de las desigualdades humanas, el derecho a la vida que tienen todos los hombres. Esta concepción del derecho no tiene otra base que la apreciación natural del valor de cada uno. Sabemos que todas las manifestaciones de la vida convergen a un objeto común a todos: la existencia. Existir es la condición de todo lo que nace, lo que se crea, lo que se desarrolla. A la existencia, colabora en el mismo plano de fuerzas el fuerte y el débil, el pobre de imaginación como el fecundo en ideas. Utilitariamente no hay una sola fuerza que se pierda: todas las aptitudes del hombre en la sociedad, sirven al objeto de existencia de la sociedad misma, colaboran al propósito común de la vida, que es perpetuarse en un constante movimiento de renovación.

Los privilegios fundados sobre el valor de cualquier cualidad, son perfectamente antinaturales, negadores de la propia necesidad de existir, del derecho a la vida que tienen todos. ¿Con qué razón va a prevalecer, dominar—y lo que es peor, eliminar, como sucede en la sociedad burguesa por medio de su funesta organización—el fuerte sobre el débil? ¿Con qué razón el inteligente va a rodearse de comodidades, apoderándose violentamente de lo que es necesario al otro para vivir, contra la voluntad del que es menos inteligente? Unicamente con la razón criminal de la fuerza sobrepuesta, pisoteando el natural derecho a la vida que tienen todos los hombres, fuertes o débiles, cortos o largos de alcances.

El reconocimiento de la desigualdad de los hombres, en su naturaleza, nos conduce de la mano al razonamiento de que la vida social es un conjunto de fuerzas aparecidas en distinta forma, destinadas a un objeto único: el de conservar la propia sociedad. Así como para que un cuadro ofrezca belleza se necesita de la variedad de los colores, de los tonos, más débiles unos, más fuerte otros, blancos y rosados o azules, así también para que la sociedad sea realmente sociedad, se necesita la aparición de una cantidad de fuerzas distintas, que obrando en planos y circunstancias igualmente distintas, ofrezcan la vida animada, al conjunto, en su necesidad de existir, perpetuándose con la renovación.

¿Quién podría decir, en la música, por ejemplo, cuál es el sonido que vale más? Todos son necesarios, e iguales por derecho e idea de la existencia de la música, a la armonía que realiza su asociación. De ahí que, diciendo que los hombres son distintos, no establecemos la idea de que existen superiores o inferiores en derechos.

Ninguna idea, a excepción del anarquismo, ha realizado esta igualdad de derechos como condición previa y necesaria a la vida. Ninguna idea ha concedido o reconocido,—mejor dicho,—á los hombres, su igualdad, para satisfacer todas sus necesidades y consagrar al desarrollo de la vida social la cantidad de fuerzas físicas o morales, manuales o intelectuales que la voluntad de cada uno quiera dar, de acuerdo con sus especiales aptitudes.

Por otra parte, nada más en acuerdo con la naturaleza, racionalmente interpretada, que la interpretación del anarquismo: el fuerte roble es idénticamente necesario a la vida, que el humilde líquen; la pequeña mariposa hace bella la naturaleza juntamente con la inmensa estrella que desde allá, a millares de kilómetros, nos envía su luz y que parece también una mariposilla de plata brillando sobre el fondo obscuro de la noche inmensa.

M. Anderson Pacheco.

Cárcel de Bahía Blanca.

¿Reforma o revolución?

Nunca los anarquistas consiguieron de los de arriba—burgueses o gobernantes—un poquitillo de atención para sus más simples demandas, que no tuvieran que recurrir a la elocuencia de los hechos airados. Vanas fueron siempre nuestras protestas escritas, nuestros fogosos discursos, nuestros carteles vibrantes o nuestros versos mejores, si todo ello no pudo abrirse camino en la conciencia del pueblo precursando un movimiento más o menos intensivo de opinión.

Gentes prácticas los de arriba, se rieron toda la vida de las declamaciones de los de abajo, y sólo se dignaron escuchar reclamos, realizar reformas, poner sus manos sobre un asunto dado para abrir una vía a la justicia, limar una aspereza o trazar una línea de equidad, cuando las tormentas de los de abajo ennegrecieron sus limpios horizontes o desgajaron el rayo de la acción.

Esto lo saben todos los anarquistas, y porque saben esto es que no ignoran que nunca, que jamás será posible gozar de una mejora, disfrutar la más pequeña libertad, conseguir la más mínima pepita de bien o de salud, si no se apela a esa gran «comadrona de la historia» que se llama la acción. Y porque saben esto es que tampoco nunca tuvieron una *pizca de confianza en la bondad de los de arriba*, cada vez que de darle satisfacciones al pueblo se trató, ni esperaron que *pusieran remedio a ningún mal*, ni creyeron que *el clamor de las víctimas pudiera ser oído* por quienes dada su posición de prepotentes y de privilegiados, son duros de corazón, avaros de medicina y atrofiados del aparato acústico, cuanto más bien seguros en sus posiciones se presumen.

Quede, pues, para los reformistas — mansos, legalitarios, reverentes, hombres de petitorio y de cordura,— actitudes de especie semejante. Ellos son coherentes consigo propio, toda vez que así proceden. Pero para los anarquistas es muy feo, muy triste, muy ramplón. Para nosotros no hay ni puede haber otro camino que el del hecho o la acción, acción o hecho a que debemos precipitar al pueblo, influenciándolo, preparándolo, primero, con el espíritu de justicia, revolucionario, que informan nuestras ideas, si es que queremos ser escuchados y que toda vindicación sea digna de nosotros.

Lo demás, tal como eso de «abandonar ese resto de confianza que aun nos queda (no a nosotros) en la «bondad» de los de arriba», y cuanto hemos subrrayado en éstas líneas, no son otra cosa que lamentaciones desgraciadas de nuestro decano «colega», que a fuerza de haber envilecido su tradición de rotundidad y de coraje con el dialecto piringundinesco a que nos tiene acostumbrados, ya no sabe honrar la doctrina que defiende, ni expresarse sino como el más trivial de los liberaloides de la vida.

Organización y asociación

Cuando se confunden los términos, no es difícil confundir las ideas que estos expresan y, consiguientemente, todos los pensamientos y conceptos que basados en ellas se emitieran. Tal sucede, por ejemplo, con las palabras organización y asociación, a las que, unos por ignorancia y otros cada vez que les conviene, suelen atribuirles valores de sinonimia.

Es, pues, preciso dejar sentado que organización y asociación no son términos sinónimos. Organizar es ordenar, poner las cosas o los seres en un sentido determinado, de acuerdo con el plan preconcebido por el organizador. Organizar, entonces, es realizar una labor cualquiera, siguiendo la línea de un sistema dado con antelación.

Observemos a este respecto cómo se organiza a los trabajadores. Previo un llamado público, más o menos literario, en que los vocablos miseria, explotación, emancipación, etc, entran por mucho, se logran juntar en un local, dos o tres docenas de hombres de un oficio cualquiera, que han acudido gracias al cebo de las mejoras de que se les ha hablado en el llamado y en las que, sea dicho de paso como un detalle bastante sugerente, no se cree. La prensa anarquista en general, expresa a cada momento que las mejoras son un engaño. Sin embargo se habla de eso sistemáticamente, toda vez que se quiere organizar a los trabajadores.

Luego de un discurso ad hoc por parte del compañero más apto para estos asuntos de organizar (casi siempre el aludido compañero suele ser secretario de gremio) y luego de las palabras de aliento y demás indicaciones al respecto, por parte de otros compañeros dispuestos a prestar su ayuda cuando se trata de organizar conversando, se procede a nombrar un secretario y una comisión, que las dos o tres docenas de hombres reunidos, eligen por mayoría de votos. Y ya tenemos una organización y las pequeñas obligaciones o deberes que le son inherentes y a las cuales hay que respetar en todo y por todo, hasta tanto una asamblea no resuelva cosa en contrario.

No necesitamos decir más sobre lo que significa organización. La palabra misma nos lo explica: organización es ordenamiento, colocación de las cosas, de los hechos o de los seres, de acuerdo con un método, un plan o un sistema preconcebido. Y lo que nos dice la palabra, nos lo demuestra o confirma a cada momento la misma realidad.

Asociación, ya es otra cosa. Significa ante todo entendimiento mútuo, acercamiento y aceptación consciente, inteligencia, compañerismo, libertad.

La asociación se realiza sobre la base de la igualdad, se resuelve en la participación o coparticipación de los asociados, se produce naturalmente, sin coerciones físicas, pedagógicas o morales.

Observemos a este respecto, como hemos observado respecto a lo mejor de la organización, cómo se asocian los libertarios. Cada grupo, cada centro, cada ateneo o cada biblioteca, ha surgido por acuerdo, por inteligenciación, por afinidad entre los asociados. Y no hay asociado nuevo que ingrese a esa clase de asociaciones, que no lo haga libre y conscientemente, por simpatía hacia la obra que realizan.

Es, pues, preciso establecer, sobre todo, las diferencias esenciales que existen entre una asociación libertaria de trabajadores y una organización de obreros como las que conocemos, para que no se repita el caso de que un camarada cualquiera, confundiendo los términos o sinonimizándolos, se vea obligado a inquirirle a otro, en una polémica, qué estructura formaría para la asociación libertaria que éste propicia.

Fijando el alcance de los términos, ya aclarándolos debidamente o ya poniéndose de acuerdo sobre la extensión qne a estos se les da, se ahorrarán siempre, en toda discusión, los excesos de palabras, de presunciones o de ideas en tal o cual sentido, que suelen achacarse los adversarios, sin que éstos muchas veces, crean en lo que se les hace decir o hace pensar. Y con la claridad, se conseguirá además no hacer interminables las polémicas, que entre nosotros no deben tender nunca al vencimiento sino al convencimiento del adversario y enseñanza de su auditorio o sus lectores.

FERNANDO DEL INTENTO.

Los malos hijos

Para una madre, no hay hijo malo.

En su corazón, fuente inagotable de amor y ternezas, no tiene cabida, no nace el sentimiento de aversión contra aquel de sus hijos que instintivamenterevelauna inclinación más marcada a mortificarla e indisponerla con los demás, que a corresponder al acendrado cariño que ella le profesa. Más aun, sucede a veces, que el que así obra es el más querido.

Para una madre, por malos que sean los actos de este hijo, no se detiene a analizarlos.

El sentimiento materno sobrepónese a todo otro que por su naturaleza pueda amenguar el cariño que hacia su hijo siente.

De ahí es que existen hijos que exentos de amor filial y seguros de no ser recriminados, explotan, para satisfacer bajos apetitos y ruines pasiones, lo que hav de más noble y sacrosanto: la bondad de la madre.

Y ¡ay de aquel de sus demás hijos que se atreva a señalar los procederes incorrectos del que, por su astucia, ocupa el lugar preferente en el corazón de la madre! Este se convertirá en el más apasionado de los hijos, y desecho en protestas de amor, dirá que se injuria a la madre; y desde entonces pasará a ser el *favorito*, y los demás, los que soportarán los regañones. Y la madre vivirá engañada por la falsía de su hijo.

De igual modo ocurre con la madre Fora.

Diseminados por todo el país, tiene innumerables hijos y entre ellos no faltan los *favoritos*, quienes para seguir mereciendo su cariño o protección erígense en defensores de supuestos ultrajes; y de este modo son alejados de su regazo los que no asumen actitudes quijotescas para manifestarle su amor, pero lo traducen en obras para engrandecerla, de lo que no son capaces los que viven prendidos a sus...faldas.

¡Pobre Fora!

¡Cuán se desvelan tus *favoritos* por defenderte de los «ataques» de los que llamaríamos bastardos!

En Tucumán también tiene quién sale en defensa de sus fueros. No podría ser de otro modo, so pena de ser víctima de los que «conspiran» contra su existencia.

¿Quién no conoce las descalificaciones, *procesos* y otras yerbas, hechas en las columnas del diario de la «colectividad,» por los hijos *favoritos* que tiene en este «jardin de la república»?

Nadie que no sea un delicado de estómago, que no pueda digerir el plato que cotidianamente les sirve a a sus lectores el aludido diario y que por tal motivo se prive de tan suculento menú.

Pues esta es una de las modalidades más en boga que aquí se emplean.

Pero, veamos otras, que sus hijos no las hacen públicas, quizás por exceso de «modestia». Seguro que si la madre Fora (como han dado en llamarla) acallara la voz de la naturaleza y diera oídos a la de la razón, no aprobara que su nombre se emplee para ciertos menesteres capaces de hacer ruborizar a un palúdico crónico.

¿Aprobará la Fora que uno destacado de su seno, publique en un diario político-burgués, con su firma y abajo, «*Delegado en gira por la F. O. R. A.,*» una carta en la que lleva una denuncia ante el ministro de gobierno de una provincia, contra el jefe de policía, por este haber «*pisoteado la constitución argentina*»?

¿No ha llegado a conocimiento de la Fora, el asunto de una *cartera misteriosa*, conteniendo una considerable cantidad de dinero, destinado a la aparición de un periódico local, y que en una reunión particular se evaporó, no saliendo por esta causa el periódico?

Pues quienes estaban reunidos, serían muy honrados pero... el poncho no apareció.

Y los tan amantes de las excomuniones se guardaron bien de dar a luz esto, arreglando de modo que quedase «entre familia».

Podría continuar en este tren, por largo rato, pero considero que es más que suficiente para presentar de cuerpo entero a los defensores de la inmarcesible pureza de la Fora.

¡Pobre madre, qué malos hijos tienes!

P. F. DE LA FUENTE.

Tucumán, Julio de 1924.

CIRCULAR, ADVERTENCIA O LO QUE SEA

A nuestros suscriptores y paqueteros

ABRAN LOS OJOS

No tenemos por qué andarnos con contemplaciones con nadie y mucho menos en estos tiempos en que el anarquismo oficialista representado por un diario grande de Buenos Aires y una central obrera, santa y madre, según dicen, pujan desesperadamente por hundirnos.

El propósito de esas dos cosas grandes, es matar definitivamente a este periódico que junto con otros ha sabido ponerle cada punto sobre sus íes, que sólo los rutinarios y los ciegos no han podido ver hasta la fecha de ahora.

No es necesario que volvamos a repetir las causas que han impulsado al anarquismo oficialista a tirarnos todo su poder por la cabeza. Ya cuantos nos leen las conocen. Pues bien, nosotros queremos defendernos de ese poder, tan medroso que evita ser discutido en su propia casa, y tan pobre de espíritu que obliga a sus greyes a no leer nuestros papeles; y a tal efecto vamos, como el burro del cuento para no caerse, a agarrarnos con las uñas que tenemos.

Advertimos, pues, a nuestros suscriptores y paqueteros, que si para el próximo número, cuantos tienen alguna deuda con éste periódico no han procurado ponerse al día o enviarnos alguna pequeña cantidad o alguna carta que nos evidencie que no tienen el propósito de sabotear silenciosamente esta publicación, les suspenderemos el envío de «Ideas».

Tal medida, que no tiene otro objeto que el de asegurarnos la vida, pues reduciendo el tiraje de ejemplares reduciremos también los gastos, se hacía alguna vez necesario llevarla a cabo contra el montón de suscriptores que tenemos, muy prontos para solicitar la remisión del periódico y muy olvidadizos para pagarlo, y sobre todo contra los paqueteros excesivamente aprovechadores que, *muy compañeros* y muy comerciantes, se quedan bonitamente con la comisión y con lo que nos pertenece por envío de papel impreso, que es como quedarse con el santo y la limosna.

De paqueteros de esta clase, publicaremos los nombres cualquier día y entonces se verá que si muchos de ellos, como adherentes a la santa madre no quieren ser explotados, como anarquistas resultan los más fenomenales tipos de explotadores de las cosas de la propaganda, tal cual el Vivillo que los mangonea y que con cualquier fútil pretexto los manga vuelta a vuelta desde sus dos sillas representativas, mientras echa la grasa y el mondongo que no se adquieren nunca trabajando.

Conque, ya lo saben todos nuestros deudores: éste será el último número que recibirán, si no nos responden a ésta circular, advertencia o lo que sea.

¡Que tú lo digas!

«Hay personas que se imaginan tener el monopolio de la revolución social. No admiten ninguna idea independiente, ninguna tentativa de crítica, no consideran como verdad más que la que emana de ellas y declaran falso y perjudicial todo lo que vive y se desarrolla al margen».

Al margen. En tales condiciones nos encontramos nosotros; y a mucha honra. Hemos sido injuriados más de una vez, precisamente por gente como la aludida, que aspira a monopolizarlo todo: periódico, revista, folleto, libro, agrupación, biblioteca y movimiento obrero de la región; que mira con odio cualquier idea que se aparte de sus trillados caminos; que contesta a la crítica con la insolencia; que se cree depositaria de la verdad y declara públicamente nuestra herejía, oficializando la persecución contra nosotros, al solo objeto de excluirnos y que no seamos más un obstáculo para sus inconfesados fines de monopolio y dictadura. Pero...

Pero no era eso lo que queríamos decir. Lo que queríamos decir es que el párrafo transcripto lo hemos sacado del viejo órgano del anarquismo regional, de fecha 4 del mes próximo pasado, y que quien escupe al aire en la cara le cae,—que no otra cosa que un nutrido *pollo* verde sobre el rostro de un procaz, es ese párrafo que aparece sobre el pedazo de página que hemos hallado.

No escupas pues, más, ¡guanaco!

El sindicato

Cuando se trata de discutir las ideas, todos tenemos el mismo derecho a opinar y expresar lo que pensamos. Yo, aunque tengo poca capacidad para desarrollar con la pluma mis pensamientos, voy a decir lo que pienso del sindicato. Yo no creo que el sindicato sea una fragua en la cual se puedan forjar anarquistas de temple, ni tampoco que pueda el hombre elevarse en él espiritualmente, no. ¿Acaso no vemos dentro de las organizaciones, hombres de mediana inteligencia, que hace años que forman parte de ellas, y que no saben lo que quiere decir la palabra anarquía, pero que la invocan muchas veces sin saber por qué?

El sindicato no hace rebeldes a los hombres; la rebelión se produce sola, ya sea a causa de la opresión o del ambiente infecto que nos rodea. La rebelión es natural. Desde la cuna la criatura llora, grita, se revuelve, protesta, en fin, porque está mal o porque quiere algo. El hombre se rebela también espontáneamente contra el explotador, cuando éste le exige más de lo que sus fuerzas le permiten. El no necesita, pues, del sindicato para levantarse contra quien le oprime; en todo caso, antes de ser un rebelde organizado, lo ha sido sin organización.

No quiero negar por eso el valor del sindicato como arma de lucha. En el sindicato se reunen los que se rebelan, los que ansían una mejora económica, los que sienten verdaderamente que esta sociedad es mala, que se les niega el derecho natural a la vida. Pero esto no es siempre cierto, como puede constatarse en los sindicatos que se forman por temporada. Aquí en Necochea, se formó un sindicato de estibadores portuarios se fué a la huelga, se conquistaron; mejoras de jornal y de trabajo; pues bien, hoy se trabaja en las mismas condiciones que antes o peor. ¿Dónde está, pues, la conciencia que formó el sindicato? No la veo por ninguna parte. No es, entonces, el sindicato el que emancipa al obrero. Los que debieron demostrar, respecto al caso que cito, cómo se combate a los prepotentes, los que se destacaron al frente de la propaganda, (algunos; no quiero incluir a todos por haber algunos de ellos dignos de aprecio) fueron los mismos en ahogar la rebelión. En cierta ocasión, cuando estábamos trabajando a bordo del vapor «Bélgica«, bajó a la bodega el contramaestre y empezó a putear a todos los que estábamos allí. Yo no pude soportar tamaños insultos, y le contesté con palabras de grueso calibre. Y fué entonces cuando uno de los que se dicen portaestandartes del sindicato, se puso de parte del contramaestre y a mi se me sacó del trabajo y no se me ocupó más. Pues bien ¿es esa la forma de emancipar a los hombres? ¿Es esa la manera de dar ejemplo de rebelión? ¿O es que quería el compañero portaestandarte, que yo pidiera una asamblea para juzgar la actitud del contramaestre? Yo no la necesito; no necesito del sindicato para contestar lo que se debe, a un explotador de cualquiera índole que sea. Quiere decir ésto que dentro del sindicato no hace efecto la propaganda, porque no es en el sindicato donde se está frente a los explotadores, sino en el trabajo. Allí es donde se debe hacer la propaganda anarquista, allí donde se vea un pequeño descontento, tratar de agitar, levantar, encender el fuego, ayudar a que estalle esa rebelión que se ve brotar, y no ir con tibiezas ni paños frios, yéndose a aconsejar a los compañeros de tareas, a organizarse, para después encarar la lucha. No; aprovechemos la rebelión natural del individuo; que se dé cuenta de su propio valor, por si mismo, y que se organice libremente, por sí solo. Entonces tendremos el fruto de nuestra labor: tendremos las conciencias que buscamos.

En fin, no veo en el sindicato otra cosa que una habitación, donde nos reunimos casi siempre los mismos, para tratar sobre si sacamos o no un manifiesto para llamar a asamblea, a la que por lo general concurrimos también siempre los mismos, y a discutir algunas veces. ¿Y vamos a hacer propaganda en el sindicato? ¿Para qué? Fuera del sindicato es donde tenemos que hacerla, porque el hombre que piensa, que quiere elevarse espiritualmente, no va a pensar dentro del sindicato sino en todas partes y en todas las ocasiones.

He ahí lo que digo sobre el sindicato.

WALTER MÜLLER.

Necochea.

Desde General Gelly

CONFABULACIONES

Y la historia continúa: las eternas víctimas, los eternos victimarios y el eterno procedimiento de los mal llamados guardianes del «orden». Y la historia continúa; siempre machacan en la misma herida, con inclementes golpes, los siniestros filos de la infamante hacha de la ley; tortura, magulla, corta; de la misma llaga vierte sangre; los hijos del pueblo no han terminado aun; y como no han terminado es que siguen siendo siempre el paragolpes de los instintos groseros de la presente sociedad.

Los de arriba, los «señores» afortunados, dando rienda suelta a su relajada moral, cabalgan risueños y satisfechos sobre el lomo carcomido de los de abajo, de los que nada poseen; y asi continúa el tormento de la humanidad al través del tiempo; ¡y el pueblo duerme como una bestia cansada, sobre las miserias de su propio lecho!...

En esta localidad, donde hay muy pocos cafres, pero los hay, ha sucedido un hecho indigno, un caso de sangre, de dolor, de muerte, con el cual los anarquistas de aquí no queremos complicarnos silenciándolo.

Hace más o menos un mes, en ocasión de verificarse un baile organizado por los niños «bien» de este pueblo, ocurrió un triste suceso, del que, como siempre, resultó víctima el hijo de un proletario, un niño, una futura piltrafa y hermosa prenda para los explotadores: el niño de 14 años, Melchor Turienzo, resultó muerto, atropellado por el auto que guiaba uno de los «señoritos» Pucharcos, de esta localidad, en momentos en que este «señorito», se dirigía del lugar del festín en busca de unas señoritas que a la sazón viven en un barrio «pajuerano» de este pequeño villorrio, para que participaran también del baturresco alardeo...

El hecho acaeció a los 50 metros más o menos del lugar de la «farra» de los «señoritos». El niño fué llevado en los últimos estertores de la agonía, a presencia del médico, en cuyo consultorio dejó de existir en medio de un intenso sufrimiento y de los descorazonados ayes de su triste ma-

dre que llegó en aquel fatídico momento en que su querido hijito la dejaba para siempre.

Ante el cuerpo inerte del compañerito se hacían los comentarios entre los pocos presentes; el autor del hecho desapareció, abandonando el coche, en los primeros momentos. El baile que estaba también distante 50 metros, continuaba a toda cuerda; los niños «bien» y las niñas, estaban en plena danza, gozando de la dulce melodía de la guitarresca orquesta; y la policía, confundida entre los alegres concurrentes de la reunión «fifí» se divertía también a las mil maravillas. ¡Que «lindo» que estaba aquello! Todo eran «cumplimientos» y peladas de dientes entre la «selecta» concurrencia; y en la casa del finadito la tragedia continuaba, (frutos materiales de la corruptela social). La dolorida madre embargada por su dolor inextinguible, cruzaba por un momento en extremo desesperante, debatiéndose entre la muerte y la vida.

La congoja del triste padre no sería, acaso, menos que la de su pobre compañera, pero le hacía frente al dolor con serenidad varonil.

Todo esto pasó; los trágicos primeros instantes de los padres de la víctima, fueron desapareciendo paulatinamente; el niño fué a la tumba; el «delicioso» baile terminó a avanzadas horas de la noche. Pero, ¿y después?¿Y el autor del hecho? ¡Bah! ¡Al día siguiente del festín, y más tarde igual, se pasea por donde le da la real gana, lo mismo, idénticamente que si hubiera muerto a un perro!

En los primeros momentos un «señor» que se encontraba accidentalmente en esta, dijo que haría publicar este doloroso suceso en «La Capital», de Rosario. Este señor también fué participante en el famoso baile, y el caso es que ni en «La Capital» ni en ninguna otra hoja se ha dicho una sola palabra al respecto.

Algunos señores, cómodos chacareros tal vez, y que entre la «crema» de este villorrio forman la resaca de la misma, han dicho que el padre de la víctima no hará nada, porque es un pobre diablo; otros, probablemente más «decentes», aseguran que tal vez la cosa se mueva porque el doliente es de los que simpatizan con las ideas anarquistas.

Pero el caso es que nada se sabe al respecto. Nos han dicho que el sumario se encuentra en los tribunales de Rosario, mas ignoramos en qué forma se habrá fraguado dicho sumario, pues aquí nadie sabe que se haya hecho una amplia investigación del asunto. Lo que nosotros sabemos es que en el hecho de referencia hay una confabulación general, a excepción de los anarquistas.

No es que nosotros queramos pedir con esto que al autor de la muerte se le haga pudrir en la cárcel, como lo hacen los Torquemadas modernos con nosotros. No; conocemos bien el origen de la justicia para cometer semejante barbaridad; queremos simplemente puntualizar nuestra crítica, para demostrar al pueblo la razón de ser de las ideas anarquistas, único medio de acabar con esta roña social, cuya moral y cuyas leyes pesan siempre del lado que hay más oro.

Para terminar, diremos que quizás los compañeros de «Ideas» encuentren la presente denuncia, pasada de actualidad, pero nosotros no lo estimamos así, puesto que la cosa aquí todavía no se ha enfriado del todo. Y no es tampoco que nosotros nos hayamos tardado en acudir a nuestra prensa, para dejar constancia expresa de este hecho infame, pues en oportunidad el compañero R. Alcaraz mandó unas líneas, narrando escuetamente este suceso, a un periódico anarquista de Buenos Aires, pero parece que aquellos compañeros también se hubieran confabulado con la prensa mercenaria, al hacerle mutis a la correspondencia de dicho camarada.

Hasta otra, compañeros.

El Roto.

Divagando

En el periódico «Renovación» N.º 11, en su editorial, entre otras cosas leemos lo siguiente: «El placer de divagar es una enfermedad en nuestro campo, contra la que hay que reaccionar en bien de las propias ideas».

Y en el mismo número y en otra página, publica un suelto de la F. O. P. de Bs. Aires, del que, entre otras cosas también, entresacamos ésto: «Todos aquellos que en nombre de una libertad ilusoria se alejan de la F. O. R. A. y van a convivir con comunistas, radicales, conservadores, burgueses y gobernantes, en pocas palabras, con todos los enemigos de la libertad y de la revolución, trabajan sin quererlo contra la libertad verdadera».

Se deduce bien claro de este suelto, que para los camaradas de «Renovación» la Fora es una institución absoluta, única; fuera de ella y al margen de ella, para los compañeros de «Renovación» no hay ni puede haber propaganda anarquista. Y todo aquel que propaga la anarquía al margen de la Fora, es para esos compañeros un político, un gobernante, un burgués, etc, etc. El *por qué* es así, no nos lo dicen los citados compañeros, ni aportan para eso ninguna «opinión anarquista». Por lo tanto, para nosotros es una afirmación antojadiza y una divagación al por mayor.

¿Que «la F. O. R. A. tiene un pasado y un presente tal de consecuencia con la finalidad que la anima, que es infantil querer desconocerlo»?

El pasado de la Fora no nos interesa; y en cuanto a su presente, no nos convence. Para nosotros, en la actualidad la Fora representa el más evidente sabotaje contra la propaganda anarquista. Ahí tenemos la campaña insidiosa de su grupo defensor y del diario que se ha convertido en su órgano oficial, los que por todos los medios, los más bajos y rastreros, tratan de denigrar a nuestros periódicos y a todos los compañeros buenos y honrados.

Y aunque así no fuera, no concebimos que para ser anarquista sea necesaria la patente de la Fora o de cualquier otra institución.

Creo que estas palabras: «El que no está con la F. O. R. A. es un camaleón», ya son muy viejas y gastadas. No convencen a nadie. Es lo mismo a que apelan los políticos «obreristas» cuando refiriéndose a los antipolíticos dicen que el que no está con ellos es un agente de la burguesía.

«Dejemos ese exceso de verbalismo confuso y empalagoso» y reconozcamos el valor de la propaganda hágase ella como se haga. Siempre que sea propaganda anarquista, bien venida sea, parta de donde parta. Y en cuanto a los propagandistas, juzguémosles por su hechos y no por las instituciones que representan.

M. Dukelsky.

Necochea, Julio 9.

Más sobre la perfección individual

Ciertamente es, que las ideas no sirven nada màs que para llenar pasiones; y se hacen látigo de la libertad, si la tendencia de una idea va a caer en la mente de los sectarios. No hay peor cosa para las ideas que los fanáticos, pues estos tienen la presunción de que ellos tienen los planos verdaderos de la vida y que el resto de los demás hombres están viviendo la culpa de sus defectos. No comprenden los fanáticos, que el bien y el mal son cosas que las tenemos y las vivimos todos. Para los sectarios, los males viven porque los otros no se acomodan a pensar o tener ideas como las suyas. ¡Y vaya uno a hacerles entender lo contrario! No hay peor cosa en una discusión que pretender arrancar los errores que poseen los fanáticos de una creencia. Experimentad, por ejemplo, en un socialista, hablándole del error que él lleva en sí, y le veréis esconder la franqueza legítima, por temor de que se le destruyan sus creencias; y llega su timidez a forma tal, que se pone de parte del contrario cuando ve que las razones de éste ocupan un lugar más elevado que las suyas. Empero, esto no le modifica en lo más mínimo, pues luego de separarse del contrario en ideas, vuelve a renacer en el socialista, la necesidad de seguir pensando con la idea que sustenta, esto es, obedeciendo a la pasión que tiene. Discutid con un comunista y tendréis un caso parecido. Un caso peor lo tendréis también con el fanático anarquista. Pues éste, aparte de carecer de los conocimientos que están relacionados con el ideal, tiene la pretensión de negar todo aquello que no esté en concomitancia con su dogma, y de un modo odioso, trata de desmerecer al individuo que lleva más luz, por el sólo hecho de no entenderlo, y se conforma con decir lo que dicen «los nuevos jueces»: «ese nos viene con cosas celestiales e infinitas». Esta es la peor clase de creyentes que pude conocer, después de los católicos. Para ellos el ideal no es cuestión del individuo, sino un valor de obediencia a un conglomerado de hombres que se asocian porque el capitalismo lo ha determinado así. Confunden sindicalismo puro con anarquismo y orientación anarquista con «finalidad». ¿No son, acaso, las huelgas, resortes para defender y conquistar el centavo? ¿Tienen los pueblos condiciones para otra cosa? ¡Es inútil que se empeñen en creer que ellos son los verdaderos hombres del porvenir y que solamente ellos van a llevar una nueva civilización de cosas!

La sociedad humana caminará siempre por la senda establecida por todos. En otro artículo demostraré cómo la civilización no es patrimonio de ningún grupo, creencia, idea o ciencia absoluta. Los pueblos viven con todos los males y bienes del gran conglomerado que forman. Sólo los hombres señaladamente superiores, tratarán de seguir por otro plano moral más elevado que el que se viva en sus épocas. Los sistemas de vida estarán acomodados a lo que los hombres y circunstancias quieran, y no será seguramente el engranaje de la sociedad, la aspiración determinada de un grupo absoluto. Se engañan los tontos cuando hacen de una idea un pleito de infalibilidad y niegan valor a los demás hombres por el solo hecho de mirar las cosas de distinto modo. Lo más ridículo que hay en los creyentes es que tratan de uniformar una idea y no advierten que con eso atentan a la libertad de pensar libremente. ¡Pero qué han de entender los dogmáticos, que se vinculan para desmerecer a los hombres que merecen un poco más de respeto que ellos! No les basta sostener la verdad que conocen, sino que tratan de formar grupos para protejer sus creencias ¡Bella forma de sostener la verdad! ¡Y se invitan en una forma tan poco digna! Por ejemplo: «¿Y, compañero, no va a ir a la reunión, para tratar el asunto? Venga que va a estar macanuda la cosa, vamos a desenmascarar a fulano y darle un buen escarmiento». ¡Miserias humanas! Estos mismos individuos son los que van pregonando una nueva sociedad y diciendo a veces, para convencer al más infeliz: «No importa eso, amigo; esos son defectos que los produce la misma sociedad. Usted puede remediarse todavía; ahí están nuestros principios que lo sabrán modificar». Estos principios los han adquirido del evangelio, y por otro lado los destruyen estos mismos que se hacen los bondadosos, cuando van a las controversias que se originan entre compañeros, armados para intimidar al hombre que diga la verdad y que, por supuesto, esté en contra de los dogmas. Este modo de ser les viene de los antiguos católicos, que se reunían en las catacumbas de Roma, para conspirar en contra de los hombres más puros de la sociedad. ¡Y quieren formar una sociedad de hombres cultos! ¡Hay que reirse con tales individuos!

Estos individuos son de los que obedecen al dogma «santo»—porque ahora hay en el anarquismo chabacano, instituciones «santas», defendidas por seres de «acción»; y como no encuentran ningún gobernante ni burgués malo, demuestran su «acción» con un compañero que no piensa como ellos. ¡Linda cultura la de los tipos de acción! Es una vergüenza que el ideal sea sustentado por individuos que desconocen hasta el principio más insignificante del respeto propio; y más vergüenza es que haya pontífices que den crédito a tantas miserias, por defender un dogma que los cotiza, y que por conservar su posición, piden a gritos que se definan los otros... y los otros se definen, porque todavía no habían estado «definidos».

Los convencidos y definidos acabados, son los tipos que se encierran en un marco dentro del cual no hay posibilidad de crear nada nuevo, por su definición. ¿Lo pones en duda? ¿Es posible que un definido diga algo que sea nuevo? Haced lo posible, buenos anarquistas, de no llegar nunca al grado del definido y convencido acabado, porque habréis perdido el tino respecto a los valores que vienen para más allá de nuestros conocimientos. Un convencido ya lo tiene todo: «está plenamente definido.» ¿Y para qué más?

Un hombre libre, o un anarquista individualista, no puede estar en el plano de esta clase de gente, porque tiene una misión mucho más amplia; tiene la misión de educar el ambiente, sin cobrar un centavo ni odiar a los hombres que no piensen como él. No obedecemos a ningún programa que señale una finalidad, porque entendemos que la sociedad andará siempre con los grados de educación que se le han dado y mañana la humanidad vivirá con la educación que ahora le demos los hombres. Desconfiamos terminantemente de los principios dogmáticos, porque sabemos que ellos son y serán de funestos resultados para la vida. No queremos tampoco engañar a ningún grupo o colectividad que nos cotice, porque sabemos ganarnos el pan con el sudor de nuestra frente, y, por supuesto, hablamos claro y terminante.

No nos guía ningún interés más sagrado que el de la idea y las opiniones que vienen de ella. Amamos las instituciones formadas por los hombres de inteligencia y respeto. Sobre esto escribiré otro artículo más tarde. En él demostraré cómo puede hacer obra el anarquista en la sociedad, sin hacer cuestión de clases, como hace el «sindicalismo anárquico». Esto no quiere decir que no tenga su razón, frente al sistema económico vigente. Lo que no tiene razón, es esa «finalidad» que le quieren dar. ¡Pero vaya a hacerse entender esto, a los que lo saben todo y que están más adelantados que todos los sociólogos del mundo! Seamos tolerantes, como decía Voltaire, y digamos lo que pensamos, aunque nos lluevan las distribas y las descalificaciones.

Santiago Villarruel.

Buenos Aires, Junio 1924.

Hacia la meta de una aspiración

Por el centralismo y la estrangulación de la propaganda anarquista

Los jóvenes y los viejos anarquistas nos encontramos avocados a la dilucidación de un problema que ha de costarnos serios contratiempos, y a la vez la pérdida de un buen número de energías y voluntades que puestas al servicio de nuestras ideas nos harían ganar un palmo más entre el pueblo, que es hacia el que tenemos que ir—como abejas al panal—para laborar la revolución.

Diré muy poco de todo lo que quisiera decir, pero, ateniéndome al espacio ínfimo de esta publicación, trataré de sintetizar, diciendo sin pretensiones de menoscabar personalidades—interprétese en la verdadera acepción del vocablo—lo que siento y creo, en lo que respecta al momento actual de nuestra propaganda.

Creía como muchos compañeros, que el congreso anarquista realizado en Avellaneda pondría fin y cortaría las pasiones y las malezas que dividían a los anarquistas de esta región, por el hecho de que las conclusiones libres y espontáneas a que arribara, daba a la colectividad el mango de la sartén,—permítaseme la comparación—o sea el empleo de los medios que los grupos o compañeros —esto en plural o en singular—creyeran más factibles para la propaganda, sin oficializar ninguno, quedando a cargo de cada anarquista la aceptación o rechazo de este o aquel medio.

Yo salí del congreso con esa creencia, viví los momentos más dulces que puede vivir un anarquista que marcha con la arraigada convicción de que este régimen caerá; máxime cuando un hecho extraordinario, hace avanzar al pueblo un poco más hacia la muralla capitalista, como el del *cristiano*... Wilckens, vengando en Varela a los mártires de Santa Cruz...

Pero, no ha sido así, en lugar de basamentar la moral anarquista, en lugar de ir creando más y más la personalidad anarquista, en lugar de mirarse en ese espejo que fué el congreso, donde ni por asomo apareció la autoridad del «compañero» presidente, la de la moción o la del voto, sino que la libre iniciativa, el libre acuerdo, primaba y primó en todo; se ha dado rienda suelta al desfogue de las bastardas pasiones que aun viven y se alimentan en nosotros; se ha empuñado la pluma, no para matar pasiones, sino por el contrario para agrandarlas, cuando no para crearlas; no se ha llegado hasta el compañero—que para mi, es el verdadero pariente—para convencerlo del error en que se encontraba, sino que se le ha vejado y ultrajado, y hasta se ha incitado al que tenía al lado a que lo eliminara, porque resultaba un estorbo..., para luego, y estando ambos presos, echar la culpa a la víctima de tal intención bajuna, y defender al victimario.

Y los días y los meses han ido pasando, y no hay posibilidad de que esto se arregle, de que esto termine para bien de todos.

Dos agrupaciones—«La Protesta» y «La Antorcha»—se disputan la hege-

La caravana

Viene de muy lejos
ya, la caravana;
y aun le faltan largas,
muy largas jornadas;
¡viene de muy lejos
pero no se cansa!

Los débiles caen,
a los viejos los lleva la muerte,
pero siempre hay brotes
en la selva humana;
siempre hay inquietudes
que agitan las almas,
¡y adelante siempre
va la caravana...!

Ni pestes, ni guerras, ni vicios
detendrán su marcha,
que todo se muere en el tiempo,
menos lo que sueñan los locos poe-
[tas
de la caravana;
y siempre adelante, seguirá, in eter-
[num,
cada vez más buena, cada vez más
[bella,
cada vez más sana.

C. Delgado Fito.

Junio 1924.

---

monía del *lastre*... (la colectividad), una con una regia imprenta, y la otra con deseos tenerla.

Los hombres que integran la primera se ganan al consejo federal de la Fora, y a una «Agrupación pro defensa», (es decir, tres personas distintas y un solo dios verdadero).

La segunda, sin un programa básico, firme, en su redacción—lo que no quiere decir que ha de coartarse la emisión del pensamiento de quien quiera colaborar—da tumbo sobre tumbo y no encuentra la brújula que ha de indicarle el norte a seguir.

Vése forzado el viejo camarada González Pacheco, a montar y pialar el cimarrón, y demostrarle a éste,—que siempre anda «venao»— que debe mezclarse entre la gente, entre el pueblo, porque es desde allí de donde surgen las notas más claras y nítidas, las que hechas cantos, dan fe y pujanza a nuestra suprema aspiración.

Y del entrevero de la lucha por la posesión, hecha a base de calumnias, chismes y delaciones, sale ganando el diario, el que consigue—con su método peculiar — envenenar el alma anarquista y hacer retirar a todos aquellos que recién llegaban a las puertas de lo que consideraban un paraíso y que en cambio les resultó un infierno.

Nadie se ha salvado; el que no era «chorro», era «carnero»; el que no era «perro», era pederasta; el que no era «camaleón», era un «elemento» de la burguesía; el que no era chantagista, era un «vividor» de la organización obrera; como yo, por ejemplo, que se me ha asignado un sueldo de 150 pesos, mientras estuve en la pro tesorería de la Fora, cuando en realidad no tengo recuerdo de haber extraído ese sueldo mensualmente.

Y aun suponiendo que así hubiera sido, no he alcanzado a los 12 meses del año a ser «rentado».

¡¡Por favor!! yo creo que puesto en la balanza de los «vividores» de la propaganda, han de pesar más ustedes que llevan 12 y 8 años respectivamente, que no yo, que he pasado como una sombra...

Pero, quien de tal me tildaba, tenía que señalarme a mi, porque si señalaba a los que tenía a su lado, se daba con la piedra en los dientes.

Y llegamos al epílogo, es decir, a la meta de la aspiración y deseo que han albergado algunos militantes, o sea, el de tener las riendas de la propaganda. el de mover a la colectividad bajo su centralizador y dictador taco.

Así es como se elimina de lo más sagrado que hemos tenido y tenemos los anarquistas—el Comité Pro Presos—a una agrupación anarquista, como lo es «La Antorcha» y se amenaza con la expulsión a las federaciones, sindicatos, agrupaciones y compañeros, que no digan, que no griten con toda la fuerza de sus pulmones: ¡¡Yo estoy de acuerdo con «La Protesta»!!

Porque eso de que, quien señala los errores de «La Protesta», es un enemigo de la Fora, es un destructor de la Fora, es para mi un cuento tan viejo como mear contra la pared.

Sería lo mismo que cuando algún compañero señalara los errores de «La Antorcha», esta clamara que se quiere destruir a la Fora.

Lo malo y más que malo, grave, es que no se quiere permitir el desarrollo libre y espontáneo de la Fora. Es decir, que sean sus militantes los que carguen con ella, los que saquen la «Organización Obrera»,—único órgano oficial de la Fora—los que regulen la acción y la propaganda a desarrollar; y no que sea una agrupación anarquista la que ha de sentar sus reales en ella, y desde allí, aprovechando el hondo sentimiento y cariño que profesamos los trabajadores hacia la Fora, se nos quiera hacer odiar, boycotear y descalificar a otras agrupaciones o compañeros anarquistas que no piensan como nosotros.

Las agrupaciones anarquistas, así como los compañeros que se sientan ligados por afinidad con los métodos de la Fora, pueden hacer en pro de esta toda la propaganda que deseen y quieran, como ocurre y ha ocurrido siempre.

Quiere decir que los límites de la propaganda son aquellos que cada militante se ha demarcado.

Es por esto y no por lo otro, que se es anarquista.

La agrupación que se ha ganado a la Fora, y se hace llamar Consejo Federal, por lo que nos dice su vocero, no ha terminado con lo que hizo en el Comité Pro Presos, (esto lo digo porque el que presentó la moción en la asamblea del gremio propiciador del úkase es de esa agrupación, y el que presentó la moción en esta asamblea, también es de esa agrupación) sino que, llevará el asunto—donde piensa poner fin a su deseo de predominio—a una asamblea regional, para que la descalificación y el asneamiento sea completo.

Los puntos: 2°., 3°., y 4° de la primera parte de la orden del día, dan la pauta de lo que digo.

Hasta dónde llegará el pasionismo, el enceguecimiento, el sectarismo, que ni por delicadeza, ese Consejo Federal presenta la renuncia, a dicha asamblea regional.

No podía ser, ni obrar de otra manera, quien ha hecho de eyaculador.

Pero yo manifiesto a esa agrupación, que no va a doblegar mis rebeldías, que no me va a indicar el camino que debo seguir; que no le voy a aceptar ni una sed de agua en caso de que caiga preso, porque estoy seguro que no faltará una «Flor del Loto»—igual a la que señalaba «La Protesta» de junio de 1905—que se me acerque, y haga las veces de Comité Pro Presos.

Pedro C. Rebello.

Contra Kardec

Acabo de leer por segunda vez «El Libro de los Mediums» de Allán Kardec; lo he estudiado párrafo por párrafo, oración por oración, y palabra por palabra, a fin de hallar en él la base en que fundamentan la teoría espiritista, los interesados o desinteresados voceros de la misma. Y, ¡vano esfuerzo el mío!, sólo he sacado en consecuencia la refinada y consumada sofistiquería del autor del voluminoso libro y maestro de la filosofía de marras.

Pues, según Kardec, para ser espiritista «hay que creer no más (porque sí) en la supervivencia del alma, que no es material, pero que, según él mismo, obra materialmente» a despecho de todos los incrédulos y torpes materialistas que interrogan ávidos de curiosidad analítica: «si el espíritu no es materia, ¿qué és?» Si el espíritu no es material, por consecuencia lógica se deduce que es también imperceptible a los sentidos de los mortales y aun al microscopio más potente; y siendo imperceptible, no podemos llegar a imaginar en qué se fundan los espiritistas para afirmar «que se encarna en el cuerpo de las criaturas en el momento de nacer y se emancipa de la envoltura material en el momento de morir,» todo porque así lo dispone la *providencia divina que gobierna* desde el hipotético cielo, *inaccesible* a la humana inteligencia.

Nosotros somos más explícitos en este sentido y para estar de acuerdo con nosotros mismos declaramos paladinamente que donde no hay materia no hay espíritu, como donde no hay fósforo no hay pensamiento. Y no puede ser de otro modo, pues que si hubiera vida fuera de la materia, bien podría manifestarse aisladamente sin el concurso de ésta. Hoy día la ciencia natural ha demostrado que la fuerza es inherente a la materia y ésta a aquella; ¿cómo presuponer, pues, una energía vital separada del mundo material? Si el infinito espacio sirve de receptáculo en el infinito tiempo al infinito materia en infinito movimiento, y siendo los átomos impenetrables, ¿cómo es posible suponer que lo que está ocupado por lo material pueda a la vez estar ocupado por lo inmaterial, si ésto, por el sólo hecho de ser tal, no debe ni puede ocupar lugar determinado alguno? Creo, para mí, que el espíritu, alma, inteligencia o pensamiento, no es otra cosa que la consecuencia del contínuo movimiento de la materia organizada. «El infusorio más insignificante, afirma un sabio naturalista, tiene sensaciones y voluntad, y por consiguiente, una función intelectual.» En vez, Kardec solamente al hombre supone dotado de alma, porque él se cree obra del «Omnipotente Creador» y no de la Naturaleza que le diera parentesco con el mono; con lo cual, el padre del espiritismo, no hace más que demostrar su absoluta ignorancia respecto a las inmutables leyes del mundo físico.

Toda vez que se sometió a los mediums y adivinos a un riguroso examen científico, se ha logrado comprobar sus artificios. ¿Qué es, pues, el *medianismo?* Según Kardec, «es la misión providencial de los *mediums.*» Y a renglón seguido agrega: «Esta palabra ha sido creada por los Espíritus.» Esto es, para las personas sensatas, de por sí tan absurdo, que ni siquiera merece nuestra objeción.

El espiritismo es un dogma burgués, y como tal hay que combatirlo. El Reglamento o sea la Carta Orgánica de las principales asociaciones espiritistas, es una imposición manifiesta para sus mismos miembros; en su seno no admite el libre examen ni la libre discusión; lo mismo las cuestiones políticas, de controversia religiosa y de economía social, están completamente prohibidas en el artículo 1° del reglamento de la sociedad espiritista parisién, y así en todas las otras que son la fiel copia de ésta.

Creemos que si la doctrina espiritista gozara de cierta simpatía y se llegare a propagar en las filas proletarias, sería un peligro, una rémora.

La Revolución Social quedaría aplazada otros veinte siglos. Y ello sería una verdadera broma para los pueblos que vislumbran un porvenir de equidad, exento de los privilegios y las injusticias actuales.

El espiritismo (entiéndase la doctrina) desaparecerá junto con la explotación y el Estado vicioso y sombrío, ante el pujar de la Razón y la Ciencia que bulle en el corazón de los pueblos afanosos de libertad.

Pedro Dario Fusco.

Nuestra plana, nuestra fiesta

Regocíjense cuantos nos aman: por fin nos llegó la máquina en la que imprimiremos tantas cosas. Y vinieron con ella tipos, pinzas, espátulas, la mar. Regocíjense, pues, cuantos nos aman. Pongan banderitas sobre sus ranchos y guirnaldas sobre las puertas y ventanas... Y pongan atención: todo nos cuesta 3.600 pesos y cada tres meses deberemos levantar un pagaré de 340 pesos hasta cubrir dicha cantidad.

A juntar plata, entonces, compañeros, para que la fiesta de hoy no se nos amargue a todos cualquier día.

Por DOMINGUEZ y ANDERSON PACHECO

Hemos abierto una lista de suscripción en favor de estos compañeros. ¿Quien, sabiendo la buena voluntad de ambos para tantas cosas, se resistirá a ayudarlos? Está en blanco la lista, y ellos en la cárcel. Y tú, lector amigo, te hallas en libertad. Acércate, pues, a la lista con unos centavitos. Ayuda.

Reaclaración necesaria

La Plata Julio de 1924.

Al Comité Pro Presos y D. de Bs. As.

Compañeros:

En «La Protesta» del día 20 de Junio hemos leído vuestra «Aclaración» a un suelto aparecido en «Ideas» bajo el título de «Por Dominguez y Anderson Pacheco.»

Quedamos sorprendidos al ver que esa «Aclaración», venía suscrita por ese Comité, porque entendemos que instituciones como estas no deben intervenir en las discusiones que se realizan en nuestra prensa y entre ella misma, máxime cuando en esas discusiones no se hacen referencias a nosotros, ni directas ni indirectas.

Es por eso, precisamente, que no hablaremos sobre la crítica o ataque que hacéis al suelto mencionado. Pero sí queremos preguntaros: ¿Acaso era necesario que ese Comité, ya que quiso darse por aludido, hiciera extensiva su crítica a nosotros y sobre todo con apreciaciones falsas?

No teníamos el propósito de deciros ni de refutaros nada; pensamos desde el primer momento pasar todo por alto; pero como hemos visto que a raíz de vuesta «Aclaración», ya han aparecido algunos individuos vociferando por ahí contra nosotros y haciendo de ellos vuestras falsas apreciaciones, nos vemos obligados a poner las cosas en su lugar.

Decís que en esta ciudad existe un Sub Comité Pro Presos en completo estado de abandono. Os respondemos que no es cierto eso; en este momento son varios los presos que atendemos. ¿Qué entiende, entonces, ese Comité, por *abandono?* ¿Será porque el Comité de esta ciudad no se compone de cuarenta o cincuenta delegados? Pero aunque así fuera, ¿creéis que trabajarían todos? ¡Oh, no! Serían siempre cuatro o cinco solamente, los que correrían con cuantos trabajos son necesarios hacer, como sucede hace ya bastante tiempo aquí, con éste.

Decís: «Si los cómodos de La Plata hubieran tenido interés por los presos, se ocuparían de ellos y no perderían el tiempo en antojadizas apreciaciones. Para confirmar lo que dejamos dicho, puntualizamos un caso reciente con diez compañeros presos llevados desde Mar del Plata a aquella ciudad, los que por abandono de la misión que corresponde al Sub Comité, estuvieron desatendidos primero y atendidos por la U. S. A. después, hasta que tuvo conocimiento este Comité e intervino directamente como corresponde en estas cosas.»

Es falso eso, camaradas, y antes de afirmarlo, debiais primero haberos informado, como también «corresponde en estas cosas.»

Este Comité, o Sub, como le llamáis, en cuanto tuvo conocimiento de los presos o que os referís, intervino de inmediato. Si no lo hicimos mucho más antes, fué porque nada se nos comunicó a nosotros directamente.

¿Sabe ese Comité, cómo recibimos la comunicación sobre los primeros cuatro presos? Pues de la siguiente manera: El compañero Mieres, de Mar del Plata, envió una carta al compañero Rotger de ésta; éste compañero entregó la carta a otro para que nos la hiciera llegar, y la carta nos llegó al fin, sí, pero unos cuantos días después. Tales cosas no es dificil que sucedan frecuentemente, si para las comunicaciones no se tiene en cuenta nuestra dirección, que es 59 N° 732, como lo hemos publicado repetidas veces.

Después, recibimos comunicación directa del Comité de Mar del Plata. Y ahora preguntamos: ¿Puede reprochársenos algo, cuando los comunicados se nos envían por intermedio de otros?

En cuanto a haber sido atendidos por la U. S. A., no lo creemos, porque siendo nosotros de esta ciudad, ignorábamos hasta ahora que existía entre nosotros tal Comité *usado.*

Además, hay que tener en cuenta lo que sucede casi siempre con los presos que de otras partes llegan a ésta, sin ser aquí su destino, ya que pertenecen a otro departamento judicial. Y así, se da el caso de que permanezcan dos o tres días incomunicados, para después ser enviados a Dolores o al departamento judicial que les corresponda, sin que éste Comité haya podido ni por un momento comunicarse con ellos; o bien, se da también el caso de que se nos niegue la existencia de tales presos o de que se nos diga que no necesitan nada. Y habiendo estado incomunicados los compañeros de Mar del Plata, como lo estuvieron efectivamente, ¿qué hubiéramos podido adelantar nosotros, aun cuando el aviso nos hubiera llegado directamente.?

Rogamos, pues, a los camaradas de ese Comité, se sirvan hacer publicar en «La Protesta» esta nuestra reaclaración, ya que fué por intermedio de ese diario que vosotros nos hicisteis las acusaciones que acabamos de rebatir.

Muy cordialmente.

Por el Comité
Risto Stoianovich
Secretario

N. de R.—No habiendo sido publicacada la nota que antecede, por el Comité Pro Presos de Buenos Aires, tal como en ella se le pedía, los camaradas del Comité de ésta la enviaron al diario de la colectividad para que así lo hiciera. Y tampoco fué publicada. El lector deduzca de todo esto lo que le parezca. Nosotros sólo diremos, por referencia al anarquismo de toda esa chusma brava que hace tiempo se ha montado a la colectividad abriboca, lo que venimos diciendo en los más diversos tonos: que para semejante candil, mejor es bailar a obscuras.